

y albores de la civilización. La caza y la ganadería son los dos únicos elementos de los pueblos emigrantes, pues, como hemos observado repetidas veces, la agricultura necesita del estado de sosiego y de cultura.

Los helenos expulsaron á los pelagos, y quedaron dueños de Grecia.

II

¡Grecia! Hermoso escenario que, una vez descrito, poblaremos de dioses y semidioses con su cortejo de ninfas y héroes que llenaron sus bosques de olivos y laureles-rosas, con los rumores de sus poéticas cacerías.

Grecia es una península en forma de triángulo, apoyada por su base en la Turquía Europea, que se prolonga hácia el mediodía, adelgazándose en el istmo de Corinto, y concluye con el Peloponeso, suerte de península que semeja á una hoja de morera unida por tenue tallé al continente. Añadid alrededor un semillero de islas, islotes y promontorios, bañados por el mar azul y azotados por la espuma, y tendréis una idea fiel del conjunto etnológico de Grecia.

Al norte del mar Egeo el clima es riguroso, semejante al de Alemania del Centro; la Rumelia no cosecha los frutos del mediodía, ni brotan los mirtos en sus costas.

El paisaje griego varía de una manera asombrosa. A los 40 grados, esto es, en Tesalia, aparecen los bosques siempre adornados de verdor; á los 35 grados, en Fócida, la brisa tibia del mar y de sus costas hace crecer el arroz, los algodonerós y los olivares. En la Eubea y el Ática, brotan ya algunas palmeras, que abundan en las Cyclades. En la costa oriental de la Argólida, perfuman la atmósfera bosques espesísimos de naranjos y limoneros, y en Creta se sazonan ricos dátiles africanos.

En Atenas, centro de la civilización griega, los más preciosos frutos del mediodía nacen espontáneamente. Cada veinte años, caen algunos copos de nieve sobre el Ática, y el calor del verano hállase templado por las brisas del mar, y, salvo algunos huracanes de la tierra ó del siroco, la temperatura es deliciosa.

Los antiguos griegos creían que la temperatura y bonanza de que gozaban era un espléndido don de los dioses.

«Dulce y elemente,—decía Eurípides,—es nuestra atmósfera; el frío del invierno carece de rigor, y los dardos de Febo no nos dañan;» y añade más adelante el poeta: «¡Oh vosotros! descendientes de Erechthea, seres afortunados de la antigüedad, hijos predilectos de los dioses; cosecháis en nuestra sagrada patria la sabiduría, como un fruto de vuestro suelo, y vivís, con dulcísimo arrobó, en el éter esplendente de vuestro cielo, donde las nueve musas sacras de Pieri nutren la Harmonía. Se dice que la diosa Cipris ha cogido, en las aguas del Ilisus, olas de espuma, que ha derramado sobre el país trocadas en dulces y suaves céfiros; y que la seductora diosa, coronándose de perfumadas rosas, envía á los amores á reunirse con la sabiduría venerable.»

Á través de las exageraciones del poeta, se entrevé la verdad, ó sea la temperatura deliciosa que se gozaba en la antigua Grecia.

Los discípulos de San Huberto que, á fuer de buenos estratégicos, no concebirían la venatoria separada de un conocimiento algo detallado de los sitios y lugares donde se han de desarrollar las cacerías, nos perdonarán seguramente gustosos estos preliminares.

Grecia forma una intrincada red de montañas. El Pindo, su arete central, prolongado hácia el mediodía por el Otrys, el Eta, el Parnaso, el Helicón, el Citerón y sus estribaciones, forman una cadena, cuyos múltiples anillos van á traspasar el istmo, á unirse y mezclarse con las del Peloponeso. Las islas que circundan á Grecia ofrecen el aspecto de montañas y montículos hundidos en el fondo de las aguas.

El terreno heleno, tan abrupto, tan cortado, apenas tiene llanuras; por doquier aparecen los riscos, las rocas, los pedruscos, la piedra desnuda; pequeños riachuelos, torrentes casi siempre secos.

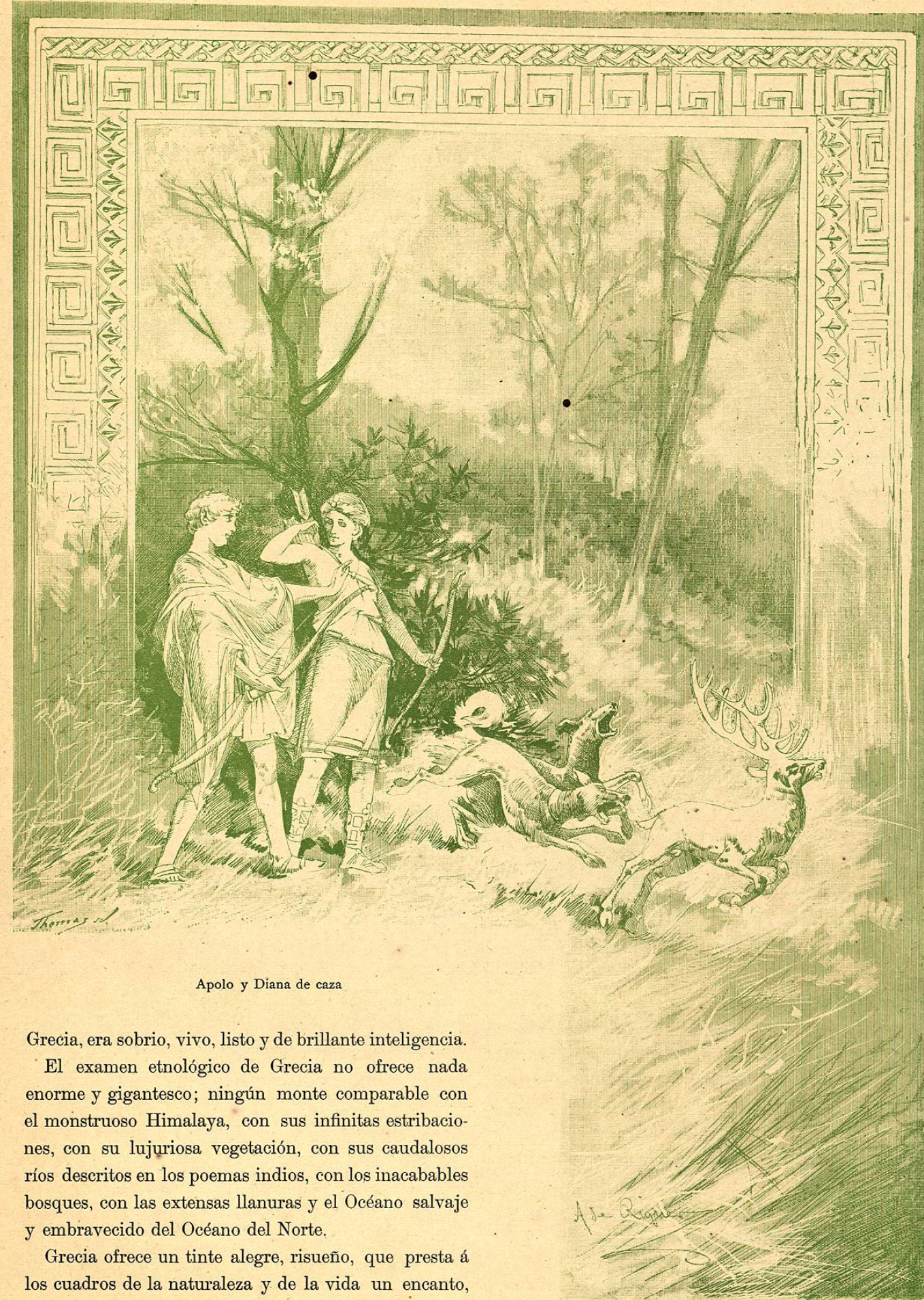
El suelo del Ática es pobre y raquíico; pero las hermosas islas de mármol que esmaltan el azul del mar Egeo, vense pobladas de bosquecillos de cipreses, laureles y palmeras.

El Ática, país más espléndido á los ojos que útil para las necesidades de la vida, debía forzosamente modelar montañeses, cazadores esbeltos, activos y sobrios.

Los antiguos griegos señalaban las diferencias notables entre el cazador beocio y el ateniense. El primero, nutrido en las llanuras grasas de la Beocia, y alimentado con la carne de las liebres y ciervos de sus bosques, y con las anguilas pescadas en el lago Copais, era tragón, bebedor y de inteligencia tardía, robusto pero no ligero; el segundo, nacido en el suelo peor de



LOS CAZADORES DE AGILUCHOS, POR JAN'DARGENT



Apolo y Diana de caza

Grecia, era sobrio, vivo, listo y de brillante inteligencia.

El examen etnológico de Grecia no ofrece nada enorme y gigantesco; ningún monte comparable con el monstruoso Himalaya, con sus infinitas estribaciones, con su lujuriosa vegetación, con sus caudalosos ríos descritos en los poemas indios, con los inacabables bosques, con las extensas llanuras y el Océano salvaje y embravecido del Océano del Norte.

Grecia ofrece un tinte alegre, risueño, que presta á los cuadros de la naturaleza y de la vida un encanto, un arrobo irresistible.